

decir al pobre: *estáte quieto*. Pero no es así. ¡Ah! la felicidad habita mas en las chozas que en los palacios, y se aviene mejor con la azada y el arado que con el oro y la pedrería.

«Tú has gozado, mi amado Aristo, dice el abate Lamourette (1), de todos los placeres, y jamás has sido feliz. Los «que desde el seno de su oscuridad admiran el esplendor de «tu opulencia, la hermosura del palacio que habitas, y la «magnificencia de los muebles que le adornan, te llaman «un mortal dichoso; y el tranquilo artesano que siente re- «temblar su humilde taller conmovido por el tumultuoso y «rápido movimiento de tu dorada carroza, al contemplarte «en medio del aparato que te rodea, está bien léjos de sos- «pechar que seas mas desgraciado que él.»

«Si supiéseis, dice á los pobres el tristemente célebre Lamennais, si supiéseis qué horribles llagas ocultan de ordinario los vestidos de oro y seda, si súbitamente se os descubriesen, retrocederíais de espanto (2).»

¿Qué son las riquezas del mundo, ó aquella cosa, mejor dicho, á la cual los hombres han convenido dar este nombre? Una desgracia y un mal para él, el raptor de su sosiego y tranquilidad. Temores y sobresaltos por lo que se está poseyendo; desvelos, afanes y ansiedades (3) por adquirir mas; penas y pesadumbres por lo perdido. ¡Y que el hombre llame riquezas á lo que tan atrozmente despedaza su corazón! «Todos los dias de la vida, dice el Sábio (4), como «de tinieblas y con muchos cuidados, y en la miseria y tris- «teza.» San Ambrosio dice que el oro no adorna, sino que pesa (5). Considérese, ahora, si al aconsejar el Evangelio á los hombres la pobreza intentó privarlos de algun beneficio ó consuelo, y si no lo hizo mas bien en obsequio de su mayor felicidad.

Además: no hay verdaderamente pobreza real para aquel que la reputa como la vanguardia de la riqueza, así como tiene muy poco de doloroso el tránsito por el campo de las privaciones para aquel que avanzando por él ya columbra el campo de la abundancia. Tampoco tiene la pobreza

(1) *Delicias de la Religión*, pág. 36.

(2) *Libro del pueblo*, párrafo 25.

(3) «Et cogitatus illius auferet somnum.» (*Eccli.* xxxi, 1).

(4) *Eccles.* v, 16.

(5) «Aurum non adornat, sed onerat.» (*De Jacob et vita beata*, lib. II, cap. 5).

nada de duro y desagradable para aquel que, cual el verdadero cristiano, la concibe y recibe como expiación de sus pecados, así como no es duro ni pesado para el criminal un castigo leve por unos delitos enormes. La religión cristiana, pues, hace leve lo pesado y dulce lo amargo, dándole á todo el carácter expiatorio y remuneratorio.

Otra ventaja mas nos ofrece la pobreza que el Evangelio nos aconseja, y es, la de apartar de nosotros aquella fatuidad y orgullo que sugiere á los ricos la falsa persuasión que están de que por sus caudalosos bienes son superiores á los demás, de donde proviene ese desden de los mismos para con los menguados de fortuna; desden exclusivamente propio de corazones raquíticos, y desdoro de la dignidad del hombre. «¡Oh avaricia cruel y seductor dinero, que con- «tagia al que lo posee y no aprovecha al que de él care- «ce (1)!» Por eso juzgaba Platon casi imposible que un gran rico fuese hombre de bien (2). Jesucristo atendiendo á lo mismo halló muy difícil la entrada del rico en el cielo (3).

Hablando con propiedad, el rico descontento no posee sus riquezas, sino que por el contrario sus riquezas le poseen á él. Sus bienes no son propiedad suya, sino que él es propiedad de sus bienes, y nosotros no alcanzamos dónde está la dicha, la elevación ni la dignidad de un hombre, posesión todo él y dominio de la materia, y esclavo de una cosa indigna y despreciable en comparación de sí mismo.

La verdadera riqueza reside en el ánimo, en la persuasión, en la completa exención de deseos, y en su aniquilamiento; no en la posesión de cosas materiales, como ya lo conoció la filosofía gentilica (\*). «Dulce será la vida del operario que se contenta con lo que le basta,» dice el Sábio (4).

El hombre contento con su suerte y sin ambiciosas aspira-

(1) «Feralis avaritia, illecebrosa pecunia quæ habentes contaminat, «non habentes non juvat.» (S. Ambros. *De officiis ministrorum*. lib. II, capite 26).

(2) «Fieri non potest ut qui divest est. egregie, idem egregie bonus «sit.»

(3) *Matth.* xix.

(\*) «Animus hominis dives, non arca appellari solet. Quamvis illa sit «plena, dum te inanem videbo, divitem non putabo.» «El corazón del «hombre es el que ha de ser rico, no sus arcas. Aunque estas estén lle- «nas, si tu corazón está vacío (esto es si aun desea mas), no te reputaré «rico.» (Cic. *Paradoxa*. lib. VI, cap. 1).

(4) *Eccli.* xl, 18.

ciones es feliz en medio de su escasez y estrechura, y la perspectiva del lujo y de la abundancia no le inspiran otro pensamiento que este de un antiguo filósofo: «¡Oh cuántas cosas de que no tengo necesidad!»

«Conserva, dice el ignorado autor de la *Imitacion de Jesucristo* (1), conserva en tu memoria esta breve y perfectísima sentencia: *Déjalo todo, y lo hallarás todo; deja el deseo, y hallarás el descanso.* Reflexiona esta sentencia, y «cuando la cumplieres lo entenderás todo.» ¡Qué conocimiento tan profundo del corazón humano!

Sobre todo si á la pobreza se une la fe cristiana, aquella desaparece, porque donde esté esta religion divina, no cabe mas pobreza ni penuria que la del crimen, y por eso dice Lactancio (2), «que los cristianos que parecen pobres son ricos, tanto porque no *necesitan*, como porque no *desean*.»

No es rico el que, siéndolo, le hace creer su ambicion que no lo es, sino el que, no siendo rico, le hace rico su contentamiento y la desaparicion de ulteriores deseos. Por eso dice la sagrada Escritura: «Hay quien parece rico no teniendo nada, y hay quien parece pobre teniendo muchas riquezas (3).» Estos últimos son los ricos avaros que son los mas pobres del mundo. Esto lo alcanzó tambien la filosofía gentílica (\*).

¿En qué se diferencia el pobre que sufre sus privaciones por tener *algo*, del rico que tambien las sufre por tener *mas*? En nada: y si en algo se diferencian, esta diferencia es ven-

(1) Lib. III, cap. 32.

(2) «Divites sunt enim non quia divitias habent, sed quia utuntur illis ad opera justitiæ. Et qui pauperes videntur, eo tamen divites sunt, quia et non egent et non concupiscunt.» (*Divin. instit.* lib. V, *De justitia*).

(3) Prov. XIII, 7.

(\*) ¿Á quién tendrèmos por rico, ó á quién darèmos este nombre? Yo juzgo que á aquel que tiene lo suficiente para vivir con desahogo, que nada busca, nada apetece y nada mas desea. Tu corazón es menester que te crea rico, no la opinion de los hombres ni tus posesiones; persuádase el hombre de que nada le falta, y de nada mas cuide. ¿Estás satisfecho ó contento con tus riquezas? concedo que eres rico.

«Quem enim intelligimus divitem? aut hoc verbum in quo homine ponimus? Opinor in eo cui tanta possessio est, ut ad liberaliter vivendum facile contentus sit, qui nihil quærat, nihil appetat, nihil optet amplius. Animus oportet tuus se judicet divitem, non hominum sermo neque possessiones tuæ; nihil sibi deesse putet, nihil curet amplius. «Satiatus es aut contentus etiam pecunia? Concedo, dives es.» (*Cic. Paradox.* lib. VI, cap. 1).

tajosa al pobre, porque este sufre sus privaciones *necesariamente*; y el convencimiento que tiene de esta necesidad hace menos amarga su suerte; mientras que el rico sufre sus privaciones á la vista misma de sus abundancias, y esto se las torna mas penosas, viviendo de esta manera esclavizado por su ambicion. Y ¿no es esto una verdadera desgracia? ¿no contribuye á hacer infelices á los hombres una cosa que como las riquezas les inspira frecuentemente el orgullo, vicio el mas pernicioso y detestable, así como el mas depresivo de la dignidad humana? ¿Qué concepto formaremos de la magnanimidad de un corazón ni de la elevacion de un alma esclavizada por el oro? ¿Qué opinion debe merecernos un espíritu dominado por la materia? ¿No andarán desacertados los hombres al apellidar riquezas una cosa que constituye (cuando lo constituye por su abuso; cuando se usa bien de ellas; cuando se las domina, llámense enhorabuena riquezas) (1) la infelicidad de nuestra vida y la degradacion de nuestro espíritu? ¿No estará equivocado el mundo al llamar riqueza á la pobreza mas miserable? Y en vista de esto, ¿puede dudarse que el Evangelio al aconsejar la pobreza se propuso tambien hacer felices á los hombres en la tierra? Y ¿quién duda que les seria muy útil abrazar estos consejos, si su propio bien ha de ser, como es natural, el móvil de sus acciones? Por lo demás la riqueza por excelencia es la sabiduría, consistente en el temor de Dios. «Conmigo, nos clama ella, están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia (2).»

Pero volvamos nuestra consideracion á la Reforma y al Filosofismo. ¡Ah! ante sus endurecidos y desapiadados corazones, la pobreza ha perdido su dignidad, sus derechos, su respeto y su consideracion, y en vez de la imágen de Jesucristo han visto en los indigentes unos seres envilecidos y degradados, dignos de los tormentos y de la esclavitud. «Lós pobres, dice Lamourette (3), son otros tantos hijos de Dios vivo, y el hombre duro que los menosprecia y aleja de sí, reniega de su sangre y de su Dios: es un despiadado y un perverso á los ojos de la humanidad, y un profanador «y un sacrilego á los ojos de la Religion.»

(1) «Concedo, dives es.» (*Cic. ya cit.*).

(2) Prov. XI.

(3) *Delicias de la Religion*, pág. 247.

Y ved aquí que la conducta inhumana y cruel de la Reforma y del Filosofismo, para con la pobreza y la indigencia, nos convence otra vez que el hombre no puede en esto como en todo huir del Catolicismo sin venir á parar en la barbarie del Paganismo.

Á vista de los consejos evangélicos, objetan los sofistas con Bayle á la cabeza «que con *verdaderos cristianos* no podría «subsistir un Estado.» En primer lugar debieran saber que no es preciso practicar los consejos del Evangelio para ser *cristiano verdadero*, porque no son *obligaciones* para los hombres, sino *excitaciones* á las almas grandes; y oigan en segundo la sábia respuesta que les da Montesquieu, entre lo poco que se dignó hablar en favor del Cristianismo, por resentirse del espíritu de hostilidad de que hácia esta Religión estaba animado su siglo, así como de su entusiasmo por la antigüedad pagana.

«Es ciertamente muy extraño, escribe (1), que aquel hombre *grande* (\*) (Bayle) desconociese el espíritu de su propia «religion (*transeat*), y no acertase á distinguir las órdenes «para el establecimiento del Cristianismo, del Cristianismo «mismo, y los preceptos del Evangelio de los que no son «mas que consejos. Cuando el legislador en lugar de dar leyes ha dado consejos, *es porque sabe que sus consejos, si «estuviesen prescritos como leyes, serian contrarios al espíritu de las leyes.*»

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXXIV, cap. 6.

(\*) Debemos subrayar esta palabra.

## LIBRO III.

### PECADOS.

Del hermoso y florido campo de las virtudes que abandonamos con sentimiento saltamos al terreno pedregoso y lleno de espinas de los vicios, recorriendo, como hemos hecho con las virtudes, uno por uno los pecados capitales, ese monstruo del Apocalipsis, que son á la vez causa y efecto, origen y resultado de la degeneración del hombre y de su doble desdicha.

### CAPÍTULO I.

#### PECADOS CAPITALES.

Seis mil años hace que todo en la naturaleza observa constantemente la ley que el Criador impuso, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura camina recta, sin desviarse un ápice por la senda que el Criador la trazó, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura tiene una natural é irresistible tendencia hácia su señalado y último fin, menos el hombre. El hombre presenta en la creación el singularísimo ejemplo, la única anomalía de un todo compuesto de partes pugnantés entre sí. Si solo el hombre está desordenado en la naturaleza, Dios que es un Dios de orden por excelencia no pudo formarle así; ni se concibe que quisiese hacer una excepción perjudicial y funesta precisamente en el ser para quien destinó la corona de la creación. No es, pues, hoy el hombre tal como salió de las manos divinas; tal como debiera ser. Su estado presente es un estado de degeneración, de castigo. Sí, de castigo; alguna culpa cometió por la que mereció ser castigado. Pecó, pues, y la tradición de este lapso fatal, á la que Zoroastro (1) atribuyó ya entre

(1) *Zend-Avesta*, tomo 2.